

# ESTÉTICA DE LA CULTURA POPULAR CHILENA. Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua

*Fidel Sepúlveda Ll.  
Director Instituto de Estética  
Pontificia Universidad Católica de Chile*

Sean mis primeras palabras para agradecer este honor infinitamente inmerecido. Sólo la bondad de los miembros de esta honorable institución puede haber determinado que yo esté en este lugar, en esta solemne ocasión.

¿Cómo puedo pagar tan grande honor? "Amor con amor se paga", canta nuestra cultura tradicional. Así, si "obrar bien es lo que importa", pongo a disposición de esta Academia mi voluntad de bien: Poner lo mejor de mi parte para que sea útil mi aporte.

Gracias, infinitas gracias por este honor que no tengo con qué pagar si no es con mi ánimo de bien hacer lo que sea menester. Gracias señores Académicos, familia, amigos aquí presentes.

Me corresponde ocupar el lugar dejado por un hombre y un sabio ejemplar, el Dr. Hugo Gunkel.

Nacido en Valdivia, realiza en su región de origen sus primeras actividades relacionadas con farmacia y ciencias naturales (1925-1950). Fundador, Director del Museo Araucano de Temuco, hoy Museo Regional de la Araucanía (1940-1950), en Temuco también desempeña, ad honorem, la dirección de la primera Escuela de Ingenieros Forestales de Chile (1946-1950). Perteneció a la Sociedad Biológica de Concepción, a la Academia Chilena de Ciencias Naturales, de la que fue co-fundador, a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y a esta Academia Chilena de la Lengua, a la que se incorporó con un discurso notable sobre el "Estudio del Idioma Mapuche en el Chile Colonial".

Ejerció la docencia y la investigación en la Universidad de Concepción, en la Pontificia Universidad Católica de Santiago, en la Universidad de Chile y en la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, dejando en todas estas instituciones un recuerdo imperecedero.

Destacó como un profundo conocedor de las ciencias naturales y humanas. Sus publicaciones suman 959 trabajos, destacando más de 300 relativos a botánica, 268 sobre estampas del pasado, 105 sobre Historia de Chile y de la Araucanía.

Don Hugo Gunkel fue un sabio en el más amplio sentido de la palabra. Sabiduría es lo que proyecta su vida y su obra. En un breve currículum, él expresa su visión de la vida con una coherencia y claridad ejemplar: "desde joven fui un enamorado de la naturaleza", dice. Este amor lo recoge de su padre, perteneciente a una familia alemana que desde el siglo XV se dedicó a la profesión forestal.

La emoción con que cuenta sus trabajos en terreno delata su sintonía profunda con la naturaleza: "Recorrí sus selvas milenarias donde habitan numerosas especies de plantas subantárticas, visité sus quebradas silenciosas y observé y escuché el eterno canto de las olas en playas marítimas".

"La inquietud juvenil de ser, alguna vez, un naturalista e historiador" se cumplió a cabalidad. Merece especial mención su dedicación al entorno natural y cultural de nuestros pueblos indígenas. Esta encendida devoción le trajo un incomparable reconocimiento al ser nombrado "Cacique honorario" del área andina de Caburgua, distinción que él valora con estas palabras: "Soy, según se dice, el único 'huinca' que ha sido honrado con este título".

El sentido de su vida, modelo de sapiencia, está patentizado en estas palabras: "Creo que he realizado durante mi ya larga vida, una modesta labor, pero con dedicación y sincero cariño... [creo] que una persona que ha tenido en su juventud el ensueño de un ideal, puede hacerlo realidad con constancia, sin considerar las asperezas del camino que se debe recorrer, pensando únicamente de ser útil a la ciencia y a la cultura de la Patria"

Estas limpias palabras tuyas nos testimonian que mi descomunal antecesor fue un gran hombre que siguió la ardua "Senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido" Los que hacen patria al andar, que pasaron dejando huellas que aún arden y alumbran como soles.

Vuelen estas palabras y en ellas el reconocimiento para la obra inconmensurable del doctor Hugo Gunkel, miembro de número de esta Academia Chilena de la Lengua.

Ahora paso a referirme a la estética de la cultura popular chilena y quisiera entrar de la mano de un poeta de quien celebramos su centenario: Federico García Lorca. En un poema él dice:

*El niño busca su voz.  
(La tenía el rey de los grillos).  
En una gota de agua  
buscaba su voz el niño.*

El hombre, los pueblos, el mundo entero buscan su voz. La estética se preocupa de esta búsqueda. La materia, las materias buscan su revelación. La revelación de su "virtud", como cuentan nuestros cuentos populares. Todo anda buscando el encuentro con su más recóndito ser. La materia busca su forma porque sin ella se siente no siendo.

Una de estas formas es la creación artística: la creación individual, la creación comunitaria. Creación de obras y de ciertos estilos de vida que conforman el arte de vivir.

Por esto la estética se preocupa del proceso y del misterio de la encarnación a través del cual se encuentran el cuerpo y el espíritu del mundo y el cuerpo y el espíritu del hombre. Se encuentran siempre en una forma precaria que apenas adivina el parpadeo de las luces, a lo lejos ... adivina ese "no sé qué que quedan balbuciendo" las criaturas, cuando "algo o alguien pasa volando" y "el alma de las cosas queda temblando".

La estética de la cultura popular chilena tiene este atisbo y tras él va en sostenida itinerancia.

La cultura aquí la entendemos como cultivo y crianza del hombre y su circunstancia. Esto se manifiesta a través de "formas peculiares de expresión, pensamiento y acción de una comunidad", especialmente en las "imágenes y símbolos que expresan la relación del hombre con el mundo, consigo mismo y con Dios", señala la UNESCO.

Cultura popular. Lo popular requeriría un abordaje transdisciplinario inabordable en el corto tiempo que disponemos. Ha habido un desplazamiento desde el concepto de pueblo de los románticos a lo popular de los folclorólogos y a la popularidad de los comunicólogos. Pero, en esta ocasión, más allá de oposiciones y taxonomías, quisiéramos operar con el concepto de lo popular vinculado al acontecer de la tradición, entendida no como visión anquilosada en la nostalgia del pasado, sino como el metabolismo ágil que discierne, día a día, lo vital para el presente "donde lo viejo y lo nuevo crecen juntos hacia una validez llena de vida", como señala H. G. Gadamer.

Desde esta perspectiva la cultura popular aparece como un proyecto de la comunidad en procura de hacerse sujeto. Tal proyecto revela su dirección y sentido en los universos simbólicos decantados a lo largo del tiempo que son sus creaciones comunitarias.

Todo lo del mundo está en trance de revelar su sentido. Tal revelación acontece desde sí y con el concurso de los otros. El descubrimiento de la red de correspondencias y analogías que recorre el universo cósmico, humano, divino, pone al hombre en la clave para ir a la revelación de su ser, de los universos internos y externos que están comprometidos en su identidad.

El revelarse pasa por decirse y el decirse por encontrar los significantes con los que encarnar la variedad y complejidad infinita de la realidad interna y externa, por descubrir que no hay una división entre lo interior y lo exterior, sino que todo es experiencia de frontera entre inmanencia y trascendencia, movimiento hacia, por el que el significado, menesteroso de encarnación, busca un significante que lo encuentre con su sentido.

Hay épocas y escuelas que hacen decisivos aportes y redefinen el horizonte de los pueblos. Con frecuencia operan por oposición a lo que ha sido la época inmediatamente anterior. Hay, también, el aporte decisivo de los genios. Al lado de estos aportes, invisible muchas veces, opera otra fuerza decisiva en esta acción reveladora del ser de los pueblos. Es la acción comunitaria de creación y crítica, operando de manera sucesiva y simultánea en la búsqueda, selección, decantación de significantes con que atender la necesidad de encarnación de su significado. El resultado de este ajuste de significantes y significados lo llamamos módulo expresivo.

La fisonomización de la experiencia de frontera que es la vida ocurre por el hallazgo de estos módulos expresivos. El proyecto humano se escribe con ellos. La calidad del proyecto –hondura, amplitud, variedad– está en directa relación con la aplicación al hallazgo de estos módulos expresivos.

La modernidad ha concentrado buena parte de su energía en correr las marcas de la frontera, y ha descuidado con frecuencia la mantención de las ya existentes. Esto ha llevado a privilegiar la originalidad entendida como novedad y la novedad como capacidad de hacer noticia. El péndulo cada vez llega a extremos más rupturales. Se es más cuanto más distante y opuesto se es al otro.

Pero hay otra vía por la cual avanzar en la asunción de mayores cotas de calidad en la experiencia de ser humano. Es la experiencia de ser con el otro, afinando los vínculos de pertenencia. Ser con el otro que hay en mí, que es el otro que yo soy. Ser con los otros que son lo que yo no he llegado a ser, pero que podría o debería. Yo soy en la medida que los otros son. Cuando yo creo, ellos crean en mí, desde mí. Cuando los otros crean, están creándose mi mundo, creando desde mi mundo. Yo soy los otros, con los otros. Los otros no son sin mí. Algo de los otros no es cuando yo no soy.

Esta dimensión no se ha ponderado, al parecer, lo suficiente al hacer el balance de la cultura y la creación artística y su gravitación en la fidelidad o el extravío de los pueblos a lo que es el cultivo de su sentido.

En esta dimensión hay creación y crítica aplicada de manera sostenida a objetivar la experiencia de frontera que es el vivir. Es una aplicación constante al crear crítico y al criticar creativo. Esto es una gestión comunitaria. La comunidad crea, interpreta, valora, desecha e incorpora de modo permanente. Pone a prueba en forma continuada los módulos expresivos heredados y a través de ello pone en cuestión su capacidad para iluminar el destino de la comunidad.

El juicio en esta línea se hace en relación a lo esencial del cauce cavado por la tradición. La búsqueda del cambio existe pero no es orientada o determinada por oposición a la postura precedente, sino por la ponderación de la claridad y solvencia con que el cauce se siente conductor, revelador aquí y ahora de un sentido estructurado desde mucho tiempo, espacio y acontecer anterior.

No se niega el cambio. Al contrario, es una acción permanente y operante en una zona de profundidad y complejidad que exige una lenta gestación. Al ser una

sintaxis que dice lo sustantivo del ser de la comunidad en un tiempo largo, el cambio deberá ser, en muchos casos, de la manera de ser que requiere otro tiempo que el de la historicidad contemporánea.

Esto está documentado en la cultura tradicional por la vía de las variantes, de las versiones. Cuando un modo de decir no se patentiza satisfactorio, la comunidad se siente urgida a proponer modos de decir alternativos. Cuanto más importante lo por decir y más insatisfactorio lo dicho, mayor demanda de creación alternativa. La variedad y abundancia de variantes es indicio de la vitalidad de la comunidad.

La comunidad se encuentra cuando se siente revelada en sus módulos expresivos. Su salud se mide por esta operación de creación y crítica que cada día revisa su equipaje para el viaje que es vivir teniendo a la vista un horizonte, y en el horizonte, un destino.

En síntesis hay una crítica con la creación incorporada que opera por geminación de variantes.

Hay una creación con la crítica incorporada que opera por la evaluación que la comunidad hace de la validez de la variante. No hay separación de los roles de creador y crítico.

Esta creación opera a través de un significante y un significado abierto. En virtud de esto es una creación siempre abierta, consciente que su decir siempre es provisorio, susceptible, siempre, de nuevas modulaciones para atender a una vida siempre nueva. Creación en busca de mejor decir un sentido, ensamble de la diacronía y la sincronía, atenta siempre a la originalidad como vinculación a la raíz originaria, originante del ser en todo tiempo y circunstancia.

Esto tiene especial relevancia en la cultura popular chilena. Esta es una cultura del tercer mundo. Cultura de la precariedad. Esto es, del hombre asumiendo la existencia con escasez de bienes. Experiencia de intemperie, donde se debe hacer todo, de todo. En esta situación no hay opción por la cultura del producto terminado y desechable, listo para usar y echar a la basura: la opción del supermercado con desbordada variedad de productos para cada necesidad real o imaginaria, vital o superflua.

En esta situación las comunidades deben resolver sus necesidades esenciales echando mano a sus escasos recursos. Esta situación les descubre la riqueza de estos recursos. Riqueza en creatividad, en responsabilidad, en aplicación y atención al potencial multidimensional del entorno material, psíquico, espiritual. La base de esta relación optimizadora entre el hombre y el entorno es la detección de una cualidad común de ambos: la disponibilidad. Ante la necesidad la realidad franquea sus poderes, su "virtud".

La cultura de la precariedad, donde falta todo, de todo, genera esta apertura de la generosidad de las materias para atender no una, sino múltiples necesidades. También la generosidad de las personas.

Descubrir y desarrollar tal disponibilidad es creatividad, discernimiento crítico, respeto, amor. El hombre se descubre polifuncional, tiene que hacer de todo. Al descubrirse multidimensional, descubre la multidimensión del mundo. El todo y cada una de las partes tienen una disponibilidad ilimitada.

Aquí la vida no es viable sino como arte de vivir. Este arte de vivir es un arte modular, donde la vida humana se sintoniza con la vida del entorno y juntas modulan un programa. Ante la escasez de recursos y la abundancia de necesidades, o se reducen las necesidades a lo esencial y/o, de otro lado, se amplía la capacidad de atención a los recursos escasos con que se cuenta. Esto es, la sabiduría para leer al interior de la naturaleza humana aquello que en su esencia la atiende y satisface. Y está lo otro. La revelación de que cada cosa, cada segmento de la realidad es un universo articulado con materiales de riqueza infinita.

El arte de vivir entonces es el arte de modular la existencia en lo esencial de modo de hacer patente la maravilla: lo poco es mucho, lo simple es complejo, lo imposible es posible. La felicidad no radica en la cantidad de cosas, sino en descubrir la inagotabilidad de los recursos de cada cosa de la realidad. Cada cosa puede atender múltiples necesidades si se sabe abrir la puerta para la revelación de su potencial infinito.

Este arte de vivir de la cultura popular chilena toma cuerpo y espíritu entre otros con el valor de la solidaridad. En esta se hace presente una relación de parentalidad entre el hombre y los otros hombres, entre el hombre y el mundo, entre esto y lo otro natural y sobrenatural.

Esta relación de parentalidad patentiza una matriz donde hay presente una analogía que revela que todo es esto y también lo otro; de correspondencia donde lo uno y la parte reacciona en lo otro y en el todo; en el fondo, una realidad donde ocurre la unión de los opuestos, donde nada es sólo una cosa sino que es y está llamado a ser múltiples realidades en una vocación abierta al infinito como constitutivo último del universo.

En la base hay una filosofía de la vinculación que intuye un plan de creación del hombre y del mundo que avanza de la mano de todo, con todos, en lo material, psíquico y espiritual.

Este valor de la solidaridad no sólo está en los comportamientos que evidencian las personas y comunidades sino que es una realidad estructural que anima los corpora de las creaciones artístico-culturales de toda la cultura popular.

En la cultura popular hay una constelación de presencias solidarias que testimonian que este sentido está vigente.

En el plano económico aún está vigente "la minga", la junta, el trabajo voluntario, para ayudar al miembro de la comunidad que está necesitado de ayuda.

En el plano sociopolítico han tenido una presencia efficacísima las ollas comunes, los talleres comunitarios que han resuelto el problema de la subsistencia de miles de familias.

En el plano del valer está el saber gestado en la experiencia del compartir, del acompañar al otro en sus dolores y en sus alegrías.

Estas dimensiones, están presentes en la fiesta ritual como encuentro solidario de la comunidad en cuanto entrega del ser más allá del cálculo. Entrega de sensibilidad, de sentimiento, de imaginación, de sentido que desborda la contingencia.

El valor de la solidaridad se manifiesta en el universo expresivo simbólico de las creaciones artísticas comunitarias. Se puede hablar, en este campo, de la comunidad solidaria del mito, del cuento, del ritual, del refranero, del adivinancero, del romancero, del cancionero, del canto a lo humano y a lo divino. Así, en breve síntesis, el mito dice su mensaje en las constelaciones solidarias del temor y del deseo. El cuento cuenta la cosmovisión del destino humano dotando a sus héroes de la disponibilidad para atender las demandas del otro por insignificante que parezca. El ritual acontece la solidaridad de los diversos códigos expresivos (musicales, verbales, coreográficos, plásticos) para decir la experiencia de lo transhumano. El refranero crea una red solidaria, para ordenar en equilibrio ecológico los condensados de sabiduría para bien vivir. El adivinancero es un entramado solidario de valores comunicativos, expresivos, creadores y educativos para alumbrarle a la comunidad el real estado de su ser-estar-comprender. El romancero opera con un arte modular solidario en donde cada una de sus partes muestran una disponibilidad alerta para aportar su potencial expresivo al romance que lo requiera. La comunidad del cancionero asume solidariamente la misión imposible de decir el indecible universo del sentir humano.

A modo de ejemplo nos detendremos en el canto a lo poeta donde se encarna la solidaridad de lo humano y lo divino. Esta poética se puede calificar de arte modular.

Hay una capacidad expresiva instalada en alerta constante para detectar los encuentros de significantes y significados, las coincidencias entre los sintagmas ofrecidos por la contingencia y los paradigmas menesterosos de encarnación de la trascendencia.

La décima encuartelada, es instancia donde el ser chileno confirma su modo de ser-estar en un mundo dominado por la maravilla. Podríamos aventurar que la poética de la décima es un arte de la precariedad. Los medios son limitados. Cuatro versos octosílabos son una cuarteta. Con ellos hay que decir las cosas del mundo, el mundo de las cosas. Para esto, cada verso debe saber funcionar en la economía de la cuarteta, y además ser capaz de autonomizarse e insertarse activamente en una economía semántica "otra", la de la décima. No sólo ser parte viva de ella sino su remate.

Esta actitud poética que trabaja a tope con la intertextualidad, con el multiuso del texto (un texto al servicio de la necesidad de la comunidad de origen y de las que la han seguido) se explica cuando hay detrás como referente una visión de mundo donde todo funciona a la manera de la obra de arte: el cosmos, el hombre, Dios, todo dotado de una disponibilidad para insertarse en el orden que disponga una inteligencia superior. El poeta es una articulación más de esta expresión por la que el universo avanza a su creación.

Esto acontece en nuestra tradición donde la distinción entre lo Sagrado y lo profano no se siente ratificada por la experiencia. La realidad, en este caso, se siente como punto de convergencia de lo humano, lo divino, lo cósmico. Lo divino reformulando sus modos a lo humano; lo humano acordando sus modos a lo cósmico y, a la inversa, lo cósmico ascendiendo a la familiaridad con lo del hombre y lo de éste subiendo a la experiencia del habitar de lo divino. El canto a lo divino encarna expresivamente esta experiencia.

El Canto a lo poeta entrega una reescritura de las Sagradas Escrituras en el canto a lo divino y una reescritura de la Historia Civil en el canto a lo humano. Estas reescrituras son una teología y una filosofía de la historia. En ella se consigna la perspectiva de un pueblo para historiar el origen y el destino, el sentido del acontecer en lo contingente y en lo trascendente. Los temas o fundados más recurridos nos trazan un mapa cognitivo de lo que es la cosmovisión, nos precisan cuáles son los nichos antropológicos que nutren al pueblo para hacer su itinerancia, establecer sus contratos, asumir sus pruebas y recibir sus sanciones.

Estos ciclos se pueden graficar en dos triángulos hermenéuticos. El triángulo a lo divino y el triángulo a lo humano. El triángulo a lo divino está estructurado por un vértice que encarna el origen: El canto por Creación (del mundo y del hombre) y el canto por Nacimiento de Cristo (o sea, por la recreación del hombre y del mundo). Otro vértice, su opuesto, encarna el fin del mundo y del hombre: Cantos por Fin del mundo y por Pasión y Muerte de Cristo. Un tercer vértice encarna la conjunción de ambos: el Canto por Angelito, que grafica, como texto y como ritual, el sentido de la vida aconteciendo como muerte-vida. La muerte de un niño de corta edad se canta, se baila, se celebra como acontecimiento fausto, como rito de paso de esta vida a otra feliz y gloriosa.

Así, el ciclo del nacimiento de Cristo y creación del mundo tiene su desenlace en la muerte de Cristo y el fin del mundo. Pero esta no es una muerte-muerte, sino una muerte-vida. Este acontecimiento no está diferido para el fin de los tiempos, sino que acontece día a día y, como tal, da sentido al día a día del pueblo, como presencia de fe, esperanza, "amor más poderoso que la muerte".

El triángulo del Canto a lo humano tiene un vértice en el fundado o tema de la tierra de Jauja, de dilatada presencia en el espacio y tiempo americano. Encarna la expectativa de paraíso como de ocurrencia inminente en la aventura del Nuevo Mundo. Otro vértice es el Canto por el mundo al revés donde el pueblo chileno da salida a su capacidad crítica frente al reino de este mundo. El tercer



vértice, que obra como síntesis, es el "canto por amor" que tiene como núcleo semántico el amor imposible: la concurrencia en este sentimiento de la vida y de la muerte.

Del análisis de estos ciclos ordenados en estos dos triángulos se desprende una estructura especular. Los universos constelacionados en los tres vértices del Canto a lo divino están reflejados, invertidos en los vértices del canto a lo humano. Así el paraíso perdido allá se canta en el paraíso recuperable aquí. Esto es Jauja. A la muerte de Cristo y fin de mundo de lo divino lo recanta la demolición epistemológica del mundo edificado sobre los antivalores.

El vértice de síntesis del Canto a lo divino encarna una cosmovisión esperanzada: la vida más allá de la muerte. Más allá y superior. El vértice de síntesis del Canto a lo humano encarna una cosmovisión que también tiene un signo positivo. El amor imposible es posible. Es más, es insoslayable. El amor como muerte es la condición *sine qua non* para el amor vida. El amor es condición *sine qua non* para la verdadera vida.

Estas escrituras a lo divino y a lo humano radiografían el alma de la cultura popular chilena. Son una estética que es una ética y una ecológica. En estas escrituras están presentes las imágenes y símbolos que alumbran el cómo siente, comprende y asume el pueblo chileno el poder, el tener, el valer: lo político, lo económico, lo axiológico.

La perspectiva con que los poetas populares abordan estos ámbitos nos ilustran acerca de la imbricación de lo humano y lo divino, de lo contingente y trascendente, de lo histórico y lo transhistórico. Es una perspectiva de la que no suelen estar enterados los políticos, los economistas y los intelectuales. Sin embargo, este tipo de creación poética que aborda esto y lo otro, ha estado presente centenariamente en la memoria del pueblo chileno. No sólo ha estado presente como memoria sino como creación y crítica día a día renovada. No sólo ha estado. Está actualmente vigente escribiendo la historia del pueblo chileno en su aventura de hacerse sujeto de lo humano y de lo divino.

El universo del poder, la poética popular lo polariza en "el bien gobernar". En el fundado "Cuando sea presidente" se dice, por ejemplo:

*"del oriente hasta el poniente / se ha de ganar buen salario  
y con este mandatario / gozará toda la gente"  
"El obrero y el patrón / todos estarán contentos"  
"Mi gobierno será sano / y se acabarán las penas".*

El bien gobernar implica un buen gobernante y este tiene un paradigma: Cristo.

*"y cuando esté en el poder / será un segundo mesías.  
habrá puras alegrías / en Chile lo van a ver".*

El ideario político del poeta popular ubica personajes que, a su juicio, encarnan el buen gobierno. De Vicuña Mackenna se dice:

*"Un hombre de alma tan buena / y con el pobre tan fiel".*

De Aguirre Cerda se destaca:

*"Gobernaba la nación / como un padre bondadoso  
y lo que era justo y bueno / el lo sabía mandar".*

El perfil del gobernante y el programa de bien gobernar está precisado, además, en el corpus de cuentos del folclore, donde la figura del rey es rigurosamente criticada y el acontecimiento clave de su argumento es la preparación del relevo del mal gobernante por uno que encarna la clarividencia y la vocación de servicio del nuevo reino.

El tener ocupa un lugar significativo en la poética popular. La precariedad económica y su efecto devastador de la humanidad del pobre se expresa así.

*"No alcanzamos ni a las migas / por causa de los salarios.  
Nuestra vida es un calvario. / Perdonen que se los diga".*

La miseria del trabajador es un tema recurrente y su causa: la falta de conciencia de la dignidad de la persona del obrero:

*"A los futres yo les pido / un salario más humano.  
No se les vaya a olvidar / que también somos cristianos"*

En estos textos es evidente cómo el ideario social que diseña esta poética no separa lo material y lo espiritual, lo sagrado y lo profano; fija la condición del trabajador como hombre de dos reinos. Para el pueblo lo humano ocurre de la mano de lo cristiano. El buen gobernante lo es cuando es para su pueblo un segundo mesías. La justicia es cuando es justicia distributiva. Por ello la denuncia en esta sentencia lapidaria:

*"En este Chile fatal / pa'l pobre son los dolores"*

En los cuentos, el buen gobernante es el que sabe distribuir los bienes dándole a cada uno lo justo. La sociedad ocurre cuando el rey le da a cada uno según su naturaleza, o sea, le reconoce (en) su identidad.

La injusticia objetivada en una mala distribución de la riqueza de una sociedad es inconcebible. La indiferencia ante la necesidad es prueba de humanidad degradada. El poeta pone en boca de Cristo estas palabras:

*" Y si acaso falta el pan / se lo piden al vecino.  
Nadie será tan cretino/ que no ayude al indigente"*

El valer se perfila encarnado en un hombre con un potencial tal que asumir su humanidad es desbordarse, trascenderse.

*"Plantó una planta el señor, / le costó mucho trabajo,  
con las raíces pa'rrriba / y con los ganchos pa'bajo"*

La doble filiación celeste y terrestre, la sobrenaturalidad de la condición humana está simbolizada en esta imagen magnífica.

Cuando esta dimensión descomunal se menoscaba, el remedio que se prescribe para su mejoría reviste los caracteres de lo real maravilloso:

*"Voy a hacer una bebida / a ver si acaso me aliento  
de los cogollos del viento / ganchos de agua florida"*

La enfermedad de este ser magnífico que es el hombre tiene un nombre: desaliento. La salud, la plenitud del goce del ser se recupera recibiendo la "virtud", la fuerza de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire, el fuego.

La estatura del hombre, su hondor, su horizonte y su altura, la energía que sustenta su verticalidad se irradian en estas imágenes:

*"Cimiento sobre cimiento / y sobre el cimiento un poste  
y sobre el poste un molino / y sobre el molino un monte"*

La primera cuarteta nos alumbraba el origen estelar del hombre y la proyección de esta condición celeste sobre la tierra. La segunda nos diagnosticaba la índole del mal y la maravilla del remedio para devolverle su estatuto. Esta última nos esboza el perfil, la proyección magnífica de su programa.

Cultura es cultivo de hombre y de mundo. Este cultivo pasa por el acto crucial del habitar. La poética popular nos lo proyecta con este fino tejido de significantes y significados:

*"Techador techa tu choza, / techa tu choza chocero  
con romero, flor y rosa, / rosa con flor de romero".*

El habitar es morar, moroso acto de amor entre el hombre y el mundo. La tierra es una segunda madre y la casa es un segundo útero. Pero este útero lo hace el hombre y esta acción es intransferible. Y se hace con rigor técnico pero sobre todo con sabiduría estética:

*"con romero, flor y rosa / rosa con flor de romero"*

Es una cosa viva, con color, forma, aroma de vida florecida. El valer de esta cultura popular está radicado en la relación nutricia del hombre con el entorno. Este se registra como nicho ecológico y antropológico. De Cristo dice esta poesía popular:

*"Conversaba con el sol / con la lluvia y con el viento".  
Y él también les prescribe a sus seguidores:  
"No se cansen de mirar / cada día a la natura"  
"No olviden que la natura / es el templo principal"*

Es un programa bastante más completo que el de las ecologías políticas al uso. Bastante más derivado de un diálogo piel a piel con la vida del universo, con el universo de la vida. El poeta habla desde su experiencia cuando nos dice:

*"Flores, árboles y frutos / sienten igual que el humano.  
Si uno acaricia un manzano / quizá de fruto con gusto.  
A veces darles un susto / conviene más y mejor  
pero siempre con amor / se obtiene buen resultado.  
Hermoso será el granado / y más hermosa la flor".*

La visión que entrega este texto no es una ocurrencia personal del poeta; es una ecológica presente en la cultura popular chilena. Se "ojean" no sólo las personas, sino los animales, las plantas y los objetos. Los "secretos de la naturaleza" están en el ámbito de esta visión. Hay rituales que consagran esta sensibilidad, inteligencia y conciencia moral de los vegetales. En mi infancia me correspondió ser actor de uno de estos rituales. La víspera de San Juan, al comenzar la noche, los niños de la casa teníamos una misión. Ir al huerto y oficiar un ritual. Un niño increpaba y azotaba a los árboles frutales que no habían dado los frutos que debían en el año anterior. Otro niño asumía el ser del árbol, manifestaba su arrepentimiento y prometía mejorar su comportamiento en la temporada próxima. El ritual seguía con cada árbol juzgado en deuda respecto de su responsabilidad.

Esta es una ecología que mana de la experiencia de ser parte de un proyecto de creación en que está empeñado lo cósmico, lo humano, lo divino. Creación que acontece como proceso de encarnación en el que participan el cuerpo y el espíritu del hombre, el cuerpo y espíritu del mundo y la imaginación desvelada de un Dios embelesado en su creación.

Esto genera una ética en donde el actuar humano está animado por la energía creadora del amor bajo la especie de solidaridad, en donde nada de lo que le pasa al hombre le es indiferente al mundo y nada de lo que le pasa al mundo le es indiferente al hombre y nada de lo de estos dos universos le es indiferente a su creador.

Esto genera una estética como acción creadora a la que concurre la imaginación creadora de Dios, del mundo y del hombre. Esta creación avanza por una operación metonímica en donde nada es insignificante porque en toda ínfima parte está latente y se hace patente el todo. Y avanza por una operación metafórica en donde todo va al encuentro de su forma.

Toda materia avanza al encuentro de su espíritu, todo significativo va en busca de su significado y todo significado va en busca de un sentido que lo trasciende siempre.

Todo está acá, en la parte está el todo, pero está en trayecto a más allá, a una cita donde el todo está esperando a la parte. A la parte que le falta, sin la cual no es.

Es una estética donde el espacio terrestre echa de menos su parte celeste. La echa de menos porque en parte la conoce en las epifanías y en las hierofanías que le indician de su estructura armada de infinito, de puntos infinitos.

Estética donde el tiempo se sacude el polvo de su caducidad, echa de menos su pasado y lo incorpora al presente, convoca al futuro hipotético y lo hace presente en el instante armado con átomos de eternidad, de presentes eternos.

Estética donde el acontecer avanza, sin alternativa, al encuentro de su inmanencia con su trascendencia, donde la una es la otra, ambas polarizadas por hambre de sentido, donde el punto de llegada es punto de partida.

Estética donde la persona es puente entre esta orilla y la otra orilla, habitante, punto de intersección entre "el cielo y la tierra, los dioses y los mortales", "viajero de los pies hinchados", "pesados de roja fatiga", y alado, que avanza llevando en andas su horizonte, llevado en vilo por su horizonte.

*Santiago, julio de 1998.*

